

Enrique Bunster: Bala en Boca

Por HERNAN DEL SOLAR

Muy a menudo se repite que Chile es un país de historiadores. La definición es —si se quiere— acertada. Tenemos historiadores de extraordinaria calidad. Nuestra historia puede exigirlo. Pero, una pregunta, una simple pregunta: ¿conocemos nuestra historia? Si lo averiguamos con alguna paciencia, la respuesta que obtenemos es más bien negativa. Principiamos por advertir, desde luego, que muchos que escriben sobre hechos o personajes chilenos que nuestra Historia —si bien escrita— arroja con honra inaudible, parecen referirse a gente y lugar de un planeta desaparecido. La fantasía suele darse esos desahogos.

Esta es una de las muchas razones que nos inducen a admirar las páginas chilenas de Enrique Bunster. Todas las son, sin que importe que haya, a veces, tierra extranjera, y en ella están los chilenos como de contrabando. El autor es chileno. De aquí, ciertamente, su importancia entre nosotros y fuera.

Nueva demostración insobrable: "Bala en Boca", que publica Editorial del Pacífico. Excelente libro que nos acerca con claridad, y no pocas veces con emoción muy visible, a ciertos acontecimientos que no son debidamente conocidos de muchos compatriotas, y a numerosas personajes que Bunster enseña a respetar con buen entendimiento de las bases que sustentan ese respeto.

Investigador infatigable, cuya curiosidad aumenta frente a cada hallazgo feliz, no es fácilmente calculable el número de infolios y manotretos por donde ha ido de taza, memoria alerta, lápiz en ristre, atención adivina, buscando provisiones para su marral. Túne, parece, el diazo asombrado de descubrir en algunas páginas amarillentas, entre frases aburridoras, el dato imprescindible, el rasgo que te resulta indispensable para vitalizar inmejorablemente a algún personaje de los que tiene en estudio. ¿Gran eruditó? No. Jamás fue vigilante de tumbas. Lo único que le apasiona es la vida. Toda su obra no es sino incitación a quererla, a admirarla allí donde muestra una aventura invidable.

El creciente saber es un estímulo permanente. Desea mayores conocimientos y los persigue en extensas correrías. ¿El saber por el saber? Ignora

tan estéril egoísmo. Bunster lo da todo, y en completa mejorada.

Tal vez piense algún lector que empieza este comentario refiriéndose a los historiadores y que Enrique Bunster no es historiador. Nos interesa ese supuesto reparo. Bunster no es historiador a la manera de quienes enriquecen de alabanzas y devoción cuando eran y engordaban volúmenes de sabiduría cronológica. Para él, todo hecho y toda fecha —si poseen importancia— no son aludí para solamente entierra; los mete, al contrario, en el baile de la vida, convirtiéndolos en insustituibles bailarines. En suma, Bunster es, esencialmente, un escritor. Y, dentro de nuestra literatura, el mejor de los cronistas con que, bien examinadas las cosas, contamos desde el desparecimiento de Edwards Bello. No le imita, indudablemente, hay entre ambos no pocas diferencias; pero tienen semejanzas que el lector atento no puede negar. Desde luego —y esto se advierte muy a menudo en esta obra— poseen parecida audacia para rogar al vicio la verdad y mostrarla como es, y para emitir juicios desacostumbrados, y para indicarles a los chilenos muchas de sus flaquezas, su complejo de inferioridad que los mueve a actitudes de superioridad desdichosa, y estar siempre en la vida, en medio de sus altibajos, muy abiertos los ojos, pronta la ironía, y siempre generosamente dispuesto a alabar lo que merece alabanza, aunque todo mundo le mire con ojos de "punch" agresiva.

En estas crónicas, que se dividen en civico-militares y en recuerdos directos de escritores y lugares santiaguinos, una vez más nos lleva Bunster, a través de años de historia, por el sentido de la vida y de la muerte de los chilenos, por su definida idiosincrasia, por súbitas reacciones que no miden posibles consecuencias, por su sentimiento de la amistad, la solidaridad, el senorío natural, y por esa sociarrosería que amontona a su alrededor las más inveteradas anécdotas.

En las crónicas que llamamos "Cívico-militares" nos encontramos con detalles que ayudan grandemente a una mejor valoración de sucesos y de hombres. Salen a encontrarnos rasgos desconocidos y memorable de militares y civiles que en este libro dejan de ser estatuas, se yerguen con natural cordialidad, y viven

justo a nosotros libremente. Hay estudios dignos de elogio sin reserva: los que se ocupan de Barros Arana, de Pedro Lagos, de Baquedano, de Balmaceda. Climos únicamente los que a nuestro juicio sobresalen, sin que haya temor oculto para los demás, siempre amenos, espléndidamente enfocados, de vigorosa espontaneidad.

La segunda parte del libro —"Otras Crónicas"— se inicia con unas páginas donde amargas verdades se encierran en una ironía naturalísima. Se titula la crónica "Los Ingleses de la América del Sur". Parte de la locura asombro de un bazarante de Lord Cochrane cuando a Bunster se le ocurrió hablarse de nuestra condición de ingleses sudamericanos. El autor glosa este asombro explicable, lo agita en el aire de la realidad, y no podemos dejar de convencernos que en Kafka más vida —como Juan Tejeda Bamón a Chile— debemos simplemente contentarnos con ser los chicos de la América del Sur.

Vienen en seguida tres crónicas evocadoras de Joaquín Edwards Bello, donde el hombre, el escritor, el periodista incomparable aparecen en un solo haz, en esa unidad contradictoria, profunda, donde humor, violencia, comprensión, ternura, humanidad se entrecruzan, se complementan y sostienen una personalidad sin parangón.

Hay otras páginas del mayor interés ("Memorial del Parque Casino", "Una hoja de Servicios", "El General Osses Montalva", "De Santiago a Mendoza a la Vela"), pero dos crónicas nos parecen particularmente señalables: "El baut de recuerdos de Federico Vergara" y "Recuerdos de Benjamín Subercaseaux". Sobre todo, la primera. Vergara es el personaje novedoso más extraordinario que pueda recordarse. Enrique Bunster lo retrata en breves páginas de contenable amabilidad, lo muestra en su auge y su miseria, siempre el mismo gran señor imaginativo, generoso. Por último, la evocación de Benjamín Subercaseaux es un trazo víscimo. Bunster le pregunta de pronto cuál es el peor defecto del chileno; responde Subercaseaux: —"No querer ser el mismo y sentir vergüenza de serlo". Otras respuestas igualmente precisas muestran al gran escritor, tan mitidamente como "Bala en Boca" no da la altura de Bunster.

Enrique Bunster, bala en boca [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1896-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Bunster, bala en boca [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)